



Buenos Aires, junio de 2016

## Circular Nº 558

*Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.*

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos a continuación el extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol de Distrito Enrique Minio.

\*\*\*

**Texto bíblico:**

***“Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor.” (Salmos 95: 6)***

Hemos recibido una promesa: *“Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”* (Jn 14:3). Esta promesa no nos abarca solamente a nosotros; tiene, podríamos decir, un amplio alcance. Abarca a los que estamos en esta orilla y a los que están en la otra orilla. Para nosotros quizás esta separación que tenemos con aquellos que nos han antecedido pueda convertirse en algo muy distante, muy amplio. Pero en Cristo, en su promesa, en esperar su retorno, podemos encontrar el punto de comunión. El Apóstol Pablo dice en una de sus cartas que Cristo vendrá con aquellos que nos han antecedido. Tendrán un cuerpo de resurrección y nosotros recibiremos un cuerpo de transfiguración. Entonces podremos ser arrebatados.

Es algo que en mi mente y en la tuya no es entendible, porque no lo hemos visto nunca, porque es algo que quizás no pueda tener un lugar en el raciocinio. Pero sí lo puede tener en el corazón. Si podemos creer en esta promesa, estamos mirando hacia ese día.

Y para poder participar de ese día, debemos prepararnos. Todos aquellos que fueron bautizados con agua en el nombre del trino Dios y que se esfuerzan por cumplir el Evangelio de Cristo, conforman la Iglesia de Cristo. Porque la Iglesia de Cristo no es la visible, a la que nosotros podemos ponerle un nombre o que podemos decir “dentro del cristianismo, esta parte sí y esta no”. La Iglesia de Cristo son aquellos que han sido bautizados con agua y que se esfuerzan por cumplir el Evangelio de Cristo. Esto es algo invisible para nuestros ojos. Podemos nosotros llegar a decir: “bueno, nosotros formamos parte de la Iglesia...”; ojalá formemos parte. Hemos sido bautizados; ojalá nuestro esfuerzo esté orientado a poder cumplir con el Evangelio, a que el Evangelio de Cristo sea el centro de nuestra vida.

A su vez Cristo ha dado en nosotros, en el envío del ministerio de Apóstol, también otro encargo: aquellos que han recibido del don del Espíritu Santo, que esperan el cumplimiento de la promesa y poder ser arrebatados, que esperan poder participar ese día de las Bodas del Cordero, estos forman parte de la Obra de Cristo. Son aquellos que serán reyes y sacerdotes, y que trabajarán llevando el testimonio del Evangelio a muchísimas almas. Esto también es invisible. Ojalá tú y yo formemos parte de esto. Nos tenemos que preparar. Porque a veces nosotros decimos: ¡qué fe tiene este o aquel! Pero frente a Dios, sólo Él

**Iglesia Nueva Apostólica Sud América**



sabe cómo estamos. Este es nuestro llamado, un llamado que hemos aceptado. Renacimos de agua y Espíritu y hemos aceptado el llamado a prepararnos para participar de ese día que no entiende nuestra mente pero que lo espera nuestro corazón.

Entonces, ¿qué implica prepararnos para ese día? Implica que esa vieja criatura que llevamos en nosotros pueda ir cambiando hacia la imagen de Cristo. Que poco a poco pueda ir madurando. Y que Dios pueda enseñarnos de manera tal que nuestra alma se vaya preparando hacia la imagen de Cristo.

Pero siempre tiene que estar nuestra decisión. Nadie nos va a obligar a que cambiemos, nadie nos va a obligar a hacer la voluntad de Dios. Es nuestra decisión. Hay cosas que no entendemos, hay cosas que nos golpean en la vida, que no deseáramos vivir, que no deseáramos pasar. No obstante, la bendición de Dios está siempre con aquellos que lo buscan. Está siempre con sus hijos, siempre y cuando nos podamos mantener en el camino de su voluntad. Si buscamos a Dios, Él va a bendecirnos. Porque la bendición de Dios significa su asistencia en nuestra vida. No importa si alcanzamos el objetivo que buscamos. Porque los seres humanos siempre hacemos proyectos y estamos viendo cómo alcanzarlos. Entonces cuando los conseguimos, decimos: “¡qué bendición!”. Pero la bendición de Dios está también cuando a ti y a mí nos toca estar quizás en la cama de un hospital, de un sanatorio o cuando nos toca despedir a un ser amado. Porque bendición de Dios significa: Yo voy a estar contigo y te voy a ayudar. Venga lo que venga, yo te puse nombre y te redimí... Vas a pasar por el agua y no te vas a anegar; posiblemente te mojes pero no te vas a anegar. Vas a pasar por el fuego y no te vas a quemar (comparar con Is 43:2); posiblemente sintamos calor. Pero Dios va a estar con nosotros.

Y en esta tarea, donde Él nos promete su bendición y su asistencia, también nos pide un trabajo, nos da una misión: poder llevar el testimonio del Evangelio, de la salvación en Cristo a todos aquellos que lo deseen.

Llevar el Evangelio no implica hacerlo solamente en el ámbito que vemos. Es llevarlo para quienes están en esta y también en la otra orilla.

En el texto que hoy el Apóstol Mayor nos regala, nos marca la posición de corazón que Él espera que tengamos frente a esta tarea. Cómo nos preparamos para poder ser una ayuda para el próximo Servicio Divino en ayuda para los difuntos. Tres veces por año tienen lugar estos Oficios, donde la gracia de Dios es para con todos. Muchas veces he pensado: ¿No le ponemos a veces límites a la gracia de Dios? Cuando decimos, por ejemplo: Yo extraño tanto a tal ser amado que partió a la eternidad. Y a veces pensamos: “pero no era nuevoapostólico”. La gracia de Dios está sobre todos, ¿por qué le estoy poniendo límites? Si no los pone sobre mí, ¿por qué los estoy poniendo sobre el otro? O a veces alguien partió y justo estaba en el medio de un conflicto, entonces nos preguntamos: ¿habrá partido en fieltad? La gracia de Dios está sobre todos. Depende de nosotros y de los que están en la otra orilla el aceptar esta gracia. No hay otro punto.

Entonces, nos tenemos que preparar para ser una ayuda para que muchas almas puedan aceptar esta gracia. Esa ayuda nos la da aquí el salmista, cuando dice:

**Iglesia Nueva Apostólica Sud América**



*“Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor.”*

Aquí hay tres niveles, tres puntos para mirarnos interiormente. Primero, la adoración; luego la humildad frente a Dios y después la intercesión.

¿Qué significa adorar? Adorar es amar en extremo. ¿Y amar a quién? *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”* (Lc 10: 27; también Mt 22:37-39, Mr 12:30-31). ¿Cómo demuestro el amor a Dios? Aquel que hace mi palabra, éste me amará. ¿Y cuándo amo a Dios? También cuando amo a mi prójimo. ¿Y quién es mi prójimo? Aquel del que yo tomo su problema como parte mía y entonces intento ayudarlo, en lo que pueda. Pero no es un amor de sentimiento el que Dios espera de nosotros. Quizás podríamos tomar la diferencia de definiciones que los griegos hacían sobre el amor. Los griegos definían al amor en cuatro formas. Una, es el amor en la pareja; utilizaban la palabra “eros”. Ese amor no está descrito en la Biblia, no se habla de esa relación, de ese amor, pero sí lo sentimos los seres humanos; es decir, que no lo hable la Biblia no quiere decir que no sea. Otro era el amor de la amistad, el amor con un compromiso; lo utilizaban con la palabra “philia”. Y otro era el amor de padres a hijos, en la familia; utilizaban una palabra que se llama “storgé”. Pero estas palabras, estos amores, siempre necesitan de un impulso. Hay un impulso de por medio. El amor que Dios espera de nosotros es el amor que está relacionado al comportamiento, porque si no, ¿cómo podríamos amar a nuestros enemigos? ¿Cómo podemos entender cuando Jesús dijo que “tenemos que amar a nuestros enemigos”? (comparar con Mt 5:44) ¿Cómo vamos a amar a alguien que nos hizo mal? Aplicando la regla de oro: hago al otro lo que quiero que el otro haga conmigo. Si el otro me hizo mal, yo no le devuelvo mal, simplemente me comporto tal cual como quiero que el otro se comporte conmigo (comparar con Mt 7:12; también Lc 6:27 y ss.). Es comportamiento. Esto no es una cuestión de sentimiento; ya sé que hacía aquel que me hizo mal, el primer sentimiento que tengo no es bueno. Pero lo amo en mi comportamiento de no hacer mal.

Cuando el Apóstol Pablo habla del amor, dice que “el amor no se irrita” (comparar con 1 Co 13: 4-6). El enojo es una cuestión del comportamiento, nadie me obliga a enojarme. “Y sí, pero con lo que me hizo, cómo no me voy a enojar”. ¿Pero quién domina la decisión de enojarnos o no? Nosotros. Sé que es una palabra dura, para mí también, hermanos. Pero nadie me va a hacer enojar si yo no quiero. Porque nosotros hemos recibido del don del Espíritu Santo, que es el espíritu de amor, de poder y de dominio propio. Cuando tengo dominio propio, pase lo que pase, yo decido si enojarme o no. El amor, también dice en Corintios, no piensa el mal. Entonces, es una cuestión de comportamiento, no de sentimiento. Los prejuicios: cuando de golpe tenemos un montón de prejuicios hacia alguien o nos dicen algo de alguien y ya lo tomamos como si fuera así. El amor no piensa el mal. Sin embargo, ¿cuál es la ley de lo cotidiano? Piensa el mal y acertarás... En cambio, Dios nos dice: No, el amor no piensa el mal.

Para hablar del amor de Dios: ¿vieron que a veces decimos: “vamos a hacer un ágape”? Entonces uno piensa: le voy a dar al otro lo mejor. “Ágape” es la palabra que utilizaban los



griegos para hablar del amor de Dios. El amor del comportamiento, de cómo yo me comporto frente al otro.

Entonces, adorar a Dios significa amar a mi prójimo, comportarme de esta manera, dando lo mejor. Intentar ayudar en lo que pueda.

Y uno se pregunta: ¿cómo puedo ser de ayuda hacia los que están en la otra orilla? Desarrollándome de esta manera aquí. Simplemente. Cuando amo a alguien aquí, cuando procedo de la mejor manera, cuando intento no pensar el mal, cuando domino el enojo ante alguien que actuó de tal forma, seguramente en ese a quien yo estoy amando, a quien le estoy dando lo mejor de mi comportamiento, habrá muchos, miles y millones que en la otra orilla se verán reflejados. Entonces podrán decir: esta persona verdaderamente pone por obra el Evangelio de Cristo. Esta persona es la que yo quiero tomar como testimonio para poder aceptar la gracia de Dios. Porque Dios nos aceptó tal cual somos. No nos pidió que cambiemos antes de venir a la comunidad. Él nos llamó y nosotros aceptamos. Lo que desea es que poco a poco vayamos cambiando a la imagen de Cristo.

Cristo no tuvo prejuicios con la mujer pecadora. Según la ley de aquel tiempo debía ser apedreada, debía morir y sabemos qué es lo que Él hizo. Expresó: el que esté libre de pecado, que arroje la primera piedra. Todos se fueron. ¿Y qué le dijo Él?: ¿Dónde están los que te acusan?... Yo tampoco te acuso, vete, y no peques más (comparar con Jn 8: 7-11). Puso un límite. El amor también a veces pone límites, no quiere decir que no tengamos que ponerlos. Pero no juzgó. El amor no juzga, el amor no prejuzga. Esto es adorar a Dios. Adorar a Dios significa amar a nuestro prójimo y que aquello que hiciste al más pequeño de mis hermanos, a mí lo hiciste (comparar con Mt 25:40).

Entonces, ¿cuál tiene que ser nuestra posición? En segundo lugar, como mencionábamos al inicio, venir con humildad a la casa de Dios. Humildad significa poder aceptar su voluntad, poder tomar de su palabra, poder valorar a Dios como el Creador de todas las cosas, de las maravillas que nos rodean y presentarnos ante Él como necesitados. Recordemos la parábola del publicano y el fariseo. ¿Cómo se presentaba el fariseo? Diciendo: “Te agradezco que yo no soy como el otro” (comparar con Lc 18:11).

En una oportunidad yo iba caminando por una calle céntrica y vi en una librería uno de esos cartelitos que se suelen poner arriba de los escritorios (que dicen “secretaria”, “gerente”, “recepcionista”, etc). Había uno que decía: “Soy lo mejor que tengo”. A veces pienso: ¿no tendré que comprarme un cartel de estos, porque pienso que nadie hace las cosas mejor que yo? A veces parecemos humildes porque somos introvertidos o silenciosos. ¿Pero interiormente? No lo somos. Y hasta a veces le decimos a Dios: “Córrete un poquito que yo te explico cómo se hacen las cosas”. En este día Dios dice: Mira en el interior de tu corazón cómo te presentas. No porque Dios necesite de nuestra humildad, sino porque nosotros necesitamos ayuda. Y si no nos presentamos humildes no vamos a poder recibir de esta ayuda. Vamos a pensar que lo que Él nos brinda está más allá de lo que nosotros necesitamos. Entonces esto lo quiero y esto no. separo la palabra según me convenga o no.



El santo temor de Dios es lo que nos lleva a la humildad. ¿Y qué quiere decir “santo temor”? No es temor a que Dios nos castigue, de ninguna manera. Dios, es un Dios de amor. El que esté aquí por temor a que Dios lo castigue, está tomando un camino equivocado. Dios no nos castiga, Dios nos da libre albedrío. Dios no quiere para nosotros situaciones de dolor. “Tengo pensamientos de paz”, dice el profeta Jeremías (comparar con Jer 29:11). Cuando un padre o una madre le dicen a su hijo: “Si salís a caminar por favor cruzá en la esquina, con el semáforo a tu favor indicando que puedas cruzar y por la senda peatonal”, pero resulta que el hijo no hace esto sino que cruza por el medio de la calle y entonces quizás, sin que sea nada grave, tiene un accidente, ¿era el deseo del padre o de la madre que lo tuviera? No. Al contrario, le dijeron que anduviera por aquel camino que era el más seguro.

Cuando decidimos andar por los caminos que no son de Dios, a veces Dios sufre también con las decisiones nuestras, porque no aceptamos su voluntad y no nos presentamos humildemente. A veces decimos: qué lindo el Oficio, estuvo hermosa la palabra. Pero después hacemos todo lo contrario. Y estoy diciendo “hacemos”, porque “aquel que esté libre de pecado que arroje la primera piedra” (comparar con Jn 8:7). La vieja criatura es la que nos lleva a ser a veces soberbios y decir: Yo sé mejor las cosas. Dios espera que nos presentemos en humildad.

Y con el deseo de lograr comunión. Todos nosotros pensamos diferente, tenemos costumbres diferentes, somos de gustos diferentes en las comidas, en los equipos de fútbol, en la forma de pensar sobre la sociedad. Pero Dios no nos pide que pensemos todos iguales. Nos dice: tenés que lograr comunión. ¿En quién? En Cristo. En la palabra, en el Evangelio. Tenés que lograr comunión obrando el Evangelio de Cristo. Ahí es donde queremos luchar para lograr comunión. No importa que mi hermano o mi hermana sean diferentes, que tengan diferentes convicciones, siempre y cuando los valores nos acerquen, a través de Cristo, en un solo sentir.

Entonces cuando venimos a Dios, buscando esa adoración, de amarlo en extremo, de amar al prójimo; cuando nos presentamos humildemente frente a Dios, diciendo: Señor, necesito de ti; cuando buscamos la comunión, cuando buscamos agradar a Dios con un santo temor (que dijimos no es temor a que nos castigue, sino temor a defraudarle, como el temor que tenemos hacia quien amamos), entonces ahí Dios nos dice: bueno, ahora podés interceder. Ahora intercedé para que puedas ser ayuda para aquellas almas que buscan la gracia. Porque entonces va a ser válida nuestra invitación. Porque aquellas almas van a decir: yo no me siento juzgada por esta alma que está orando por mí, no tiene prejuicios, incluye a todos, tiene en su sentir el amor de Cristo. Entonces en Cristo quiere recibir salvación. Este es el camino que nos toca.

Queremos preparar nuestro corazón. No es un camino fácil; estamos aquí por ese motivo, para intentar lograrlo. Es un desafío que tú y yo tenemos. Es el desafío al cual fuimos llamados. Y Dios quiere bendecirnos en este camino, quiere ayudarnos.

Nos toca reflexionar mucho ahora. ¿Cómo logramos esto? Todos vamos a participar de la Santa Cena y previamente del perdón. Por lo tanto, hay cosas que tenemos que cambiar. Y esto no es malo; lo malo sería que estemos aquí y frente a esta palabra tú y yo digamos: “Yo



soy perfecto, no tengo nada que cambiar. Es más, me voy a poner como ejemplo para que miren en mí". No vamos a poder ser de ayuda. Vamos a ser ayuda cuando pueda estar en nosotros el esfuerzo por vencernos a nosotros mismos, el esfuerzo por lograr obrar la palabra de Dios, el esfuerzo por llegar a alcanzar el día del Señor como dignos.

\* \* \*